

une el esplendor de la soberanía á la elevación é ilusiones del supremo pontificado de un sacerdocio, raiz de los demas sacerdocios, autoridad que tiene sus leyes privativas, que las establece sola por sí misma, que no da cuenta á ninguno, y que ejerce la vigilancia y protectorado sobre todo el cuerpo. Este es el orden del catolicismo, esta es su accion en los estados que le admiten: la concordancia de las dos potestades fué para ellos una especie de piedra filosofal, en cuya investigacion se fatigaron vanamente. Diversos escritos doctos sobre estas cuestiones sobrecargan los estantes de las bibliotecas, sin haberse sacado gran fruto de ellos hasta aquí. La América católica debe remediar esto, y pasamos á consagrar á ello los siguientes capítulos.

 CAPITULO VIII.

Objeto del concordato de la América; partes contratantes.

El objeto es el ejercicio del culto católico romano en América; las partes son: 1.º una inmensa region, un mundo entero; 2.º el gefe de este culto. Cual es la posicion respectiva de las partes? La una reside en Europa, en el centro de este pais; la otra mas allá de los mares; la vasta cubierta del Océano la circunda y encierra por todas partes. Que pide la América á Roma? Los medios de mantener regular y fácilmente su culto. ¿Es religiosa, justa, y moderada semejante solicitud? Vease..... ¿Existe entre Roma y la América algun punto de contacto, materia, aun posible, de contestacion en el orden temporal, tal como se vió á menudo entre esta corte y los estados europeos; contestaciones politicas

que diéron origen á muchos concordatos. Seguramente que no... Luis xi sacrificó la pragmática sancion á la condescendencia de Roma con sus pretensiones sobre el reino de Nápoles; Francisco I recibió el concordato de Leon x, para salir del mal paso en que se habia metido en Italia; en cuyos dos casos, lo espiritual pagó por lo temporal. A veces los reyes de Francia mandaban secuestrar Aviñon, ya para intimidar á Roma, ya por represalias de los agravios que ellos tenian recibidos. Nápoles rehusaba la hacanea, y hacia una matanza en Benevento, siempre que se hallaba descontenta de Roma; esta sucesivamente recurría á la espiritualidad para vengarse de los agravios que ella decia haber recibido en la temporalidad, y negaba la institucion canónica á los obispos nombrados por los soberanos con quienes se hallaba encontrada. Era un gran desorden, y muy frecuente por desgracia. Nos abstenemos de subir á las edades anteriores,

á las épocas en que la ignorancia universal permitia á la única potencia que tuviera á la sazón algunas luces, unas pretensiones, hijas del desvanecimiento de la autoridad; distan mucho aquellos tiempos de soberbia y escándalos, que dejáron unos recuerdos de que se resiente todavía la religion, supuesto que ellos le robáron la mitad de la Europa; Roma dominaba sobre el orbe entónces por medio de la credulidad, y con esta arma trataba á los trémulos reyes y pueblos suyos, del mismo modo que Roma habia tratado á los reyes abatidos por sus armas. Desde aquel tiempo, reducida Roma por la civilizacion general á un papel menos relevante, y por lo mismo conforme con la naturaleza de su potestad, no cesó sin embargo de obrar en el órden político; ella se habia hecho el centro suyo, y desde el reinado de Cárlos viii hasta el de Luis xiv, no hay una página histórica en que Roma no se halle mezclada con el movimiento político de la Europa,

y queriendo dirigir en donde ella no podia dominar. Luis XIV hizo cuanto pudo, y en ello fué ilustrado, aunque violento en la forma, para enseñar á Roma á mantenerse encerrada dentro de sus sagrados muros, abandonando el cuidado de los negocios terrenos á los que la naturaleza de las cosas da el destino de gobernarlos. Desde cuyo tiempo la España y Portugal son con corta diferencia los únicos que permanecieron bajo la dominacion de Roma; y la razon gemia de que algunos soberanos se viesen precisados á postular en Roma la licencia de gravar con una diezma su clero, ó de vender una fanega de las tierras de este. Las llaves del erario público de la España se hallaban atadas con las de San Pedro; y el príncipe de los apóstoles, muy atónito seguramente de su inesperada facultad, dividia con algunos príncipes el derecho de echar tributos á sus súbditos. Pero ninguna cosa de estas antiguas deformidades existe entre Roma

y la América; es un pais totalmente nuevo para Roma; no hay en esta ciudad punto ninguno de contacto político, ni correlacion de especie ninguna fuera de la espiritualidad. La América del sur es tan extraña á Roma, como por su parte lo es la América del Norte, de la que puede decirse con verdad que ella ignora Roma, como es ignorada de esta; por consiguiente, en el concordato solicitado, y en las relaciones venideras, Roma y la América no se tocan mas que en las regiones espirituales, les faltará el suelo igualmente en cualquiera otra parte. Esto pone una grande y dichosa diferencia entre la América y Europa con respecto á Roma; y esta ausencia de todo interes político da á sus relaciones la libertad de conservar el carácter que le es propio, la espiritualidad, mientras que en Europa ellas fueron mezcladas casi siempre con la temporalidad, y por consiguiente desviadas de su estado natural; en vez de que aquí, la América es tan indepen-

diente de Roma, como Roma lo es de la América. No se encuentran ellas mas que en los espacios del cielo; en cualquiera otro, permanecen extrañas una á otra.

Me he recargado sobre este artículo, á causa de que es cosa esencial el fijar este principio. Habiéndose determinado bien el objeto del concordato, veamos ahora cual es su materia; es la *América*..... A este nombre, el espacio en su inmensidad y el tiempo en su curso progresivo, se presentan á mi vista; veo ademas una portentosa distancia de Roma, y grandísimas incomodidades para llegar hasta ella. Esta distancia se duplica con la configuracion de la América, media mitad de la cual mira á la Asia, y la otra está vuelta hácia la Europa; por medio de cuya configuracion, hay mas distancia de *Lima* y *Guayaquil* á Roma, que de *Caracas*, á esta postrera ciudad. La extension de la América sobrepaja á la de la Europa; y sus tierras, en ciertas partes, tienen una inmensa pro-

fundidad. ¿Como salir de estos remotos lugares para venir de continuo á Roma? La naturaleza formó, con los rios caudalosos y montañas, unas barreras insuperables entre las diversas partes de la América. Los montes y rios de la Europa son humildes colinas y pobres chorrillos de agua, en comparacion de aquellas cadenas de montañas y mares que por todos lados atraviesan ó bañan la América ¿como mantener lejanas comunicaciones por medio de tantos obstáculos? En Europa, el paso de los Alpes, con todos los arbitrios inventados por la civilizacion, parece un negocio grande, es una palpable incomodidad ¿que será para los que tengan que pasar las *Cordilleras* y *el Oceano*, y venir de lo interior de las tierras americanas y orillas de las Amazonas? Pero esta América, ya tan vasta bajo el aspecto del espacio, ¿no se extiende todavía bajo el de la fecundidad, madre de la poblacion? Seria un error mayor, una extraña equivocación

cion, el juzgar de la América venidera por la América tal como ella es hoy día, por la América de nuestra edad. No hace ella mas que acabar de nacer para la habitacion de los hombres; ha nacido apénas para la civilizacion; pero étela aquí que entra ya en ella á vela llena, poderosa con todos los medios que aquella le suministra para tomar progreso y aumentos. No lo dudemos, estos serán inmensos, incalculables y superiores á todas las previsiones humanas. En efecto ¿que tierra encierra principios de fecundidad semejantes, ó aun aproximativos á los que posee la América? Nilo, padre nutricio del Egipto, Eridan, gloria de la Italia; Ganges, cuyas sagradas aguas purifican (1) y fecundizan la

(1) Se sabe que los Indios se lavan en el Ganges para purificarse de sus manchas. El bañarse en el Ganges es, para un Indio, lo que ir á la Meca para un Mahometano. En la India, se muere uno con una cola de vaca en

India; Sicilia, madre de aquellas cosechas que negaban á Roma tus tierras transformadas en jardines por los señores voluptuosos del orbe, no sois mas que escasos caces de agua, mas que playas faltas de frutos y verdor, en comparacion de lo que encierra el suelo vírgen de la América, bajo las influencias de un sol vivificante, con la profundidad de sus tierras y la continua frescura que se mantiene por los mares que bañan su seno (1). ¿Que ima-

la mano; y en España, envuelto en un hábito de San Francisco.

O vanitas hominum mentes! ó pectora caeca!

(1) Vease lo que el S.^r baron de Humboldt dice sobre el producto de las tierras de Méjico. Sus cálculos muestran la gran superioridad de ellas sobre las de Europa: sin embargo las tierras mismas de Méjico, que es una alta meseta desprovista de agua, son muy inferiores á las de la América meridional, y particularmente á las de las regiones equinocciales. La grande

ginacion puede bastar para representar la riqueza de las producciones que estas poderosas influencias criarán? Que cifra podrá señalar el número de los hombres que se acumularán en aquellas regiones sin límites, como sin miedo de rendirse al peso de las necesidades de los habitantes, como lo vemos en la China é Indostan, sobre los que, como la espada de Damocles, el hambre está siempre suspensa, y

fertilidad de las tierras se halla siempre en las orillas de los rios y mares; cuanto mayores son las corrientes de agua, tanto mas fértiles son las tierras. La América del Sur, en su mayor extension, presenta llanuras inmensas, regadas por millares de rios cuyo mayor número es de un grandísimo caudal. Estas llanuras despobladas, é incultas todavía, proveen de subsistencia á millones de animales. Luego que el cultivo se haya apoderado de este suelo virgen é inagotable, fecundado á un mismo tiempo por la humedad y el sol de los trópicos, saldrán de él cosechas de un producto que nos parece-

amenaza con el sepulcro á una parte de los habitantes.

Si, los siglos futuros serán testigos de estos portentos; y la Europa, con respecto á la América de aquellos tiempos, parecerá poblada como la Rusia lo está con respecto á la Europa actual. Ahora bien, esta es la América para la que hay, que hacer un concordato; se extenderá este pues á un espacio inmenso y á un infinito número de hombres. Contémoslos por las estrellas del firmamento, y por los granos de arena de las playas del Océano (1). Se

ría fabuloso; y no cabe duda en que, dentro de cincuenta años, *la América presentará el trigo á la Europa á menos de 5 francos el hec- tolitro*. Se preparará una grande revolucion en la labranza y caudales de la Europa, y el establecimiento de la civilizacion en América será la causa de ello. Adviértolo, y formo votos para que este aviso se entienda mejor que lo fueron otros muchos.

(1) Franklin habia computado que la pobla-